¿El evangelio de Lucas es usado en liturgias ya en el año 55?

Carrón, J. y García Pérez, J.M. (2001). ¿Cuándo fueron escritos los evangelios?

Rectamente traducido, el original arameo de los dos versículos decía así: "Os enviamos también con Tito al hermano cuya obra digna de alabanza es la proclamación del Evangelio por todas las iglesias. Y no sólo esto, sino también ha sido elegido por estas iglesias para que nos acompañe en el viaje llevando este don administrado por nosotros para la gloria del Señor, la cual es nuestro ardiente deseo" (2 Co 8,18-19).

Dos son las conclusiones que se deducen de este texto arameo. En primer lugar, que ese colaborador que con Tito envía Pablo a Corinto está proclamando el Evangelio en todas las iglesias o dicho de otro modo, que por obra suya todas las iglesias proclaman el Evangelio. Naturalmente, esto nadie podía hacerlo personalmente; sólo era posible realizarlo habiendo escrito un libro que contuviera el Evangelio anunciado por la Iglesia. Y creemos no dejarnos llevar por la fantasía si suponemos que este libro, leído por todas las iglesias, era utilizado en ellas los domingos, en la celebración de la Cena del Señor; en el momento de la palabra se leía la historia del Señor. En todo caso, es preciso reconocer que, cuando Pablo escribe esta carta, el libro escrito por este colaborador suyo –con toda probabilidad semejante, si no idéntico, al tercero de nuestros actuales evangelios sinópticos-, hacía ya algunos años que había sido escrito. Una fecha aproximada la podemos deducir teniendo en cuenta la datación de este escrito paulino.

La segunda carta a los Corintios, según los estudiosos modernos, hay que situarla en un arco de tiempo que va del otoño del año 54 al otoño del 57 (S.Docks, S. De Lestapis, J. Wikenhauser-J.Schmid, Ph. E. Hughes, F. Lang, M. E. Thrall, J.A.T. Robinson, F.F. Bruce). Las diferencias entre los estudiosos respecto a la cronología no son apreciables. Por ello podemos afirmar con muy fuerte grado de certeza que este escrito existía ya, al menos, en el año 50 o uno de los años inmediatos. De ahí que, simplemente por este testimonio de Pablo, podamos estar seguros de que este escrito evangélico es anterior al menos en algunos años a sus cartas a los Corintios. Aunque Pablo no especifica de cual evangelio, de los cuatro canónicos está hablando, creemos que es fácil descubrirlo teniendo en cuenta lo que dice de este "evangelista" en el v 19. En efecto, en este versículo el Apóstol afirma que este colaborador había sido elegido por las iglesias de Macedonia para que lo acompañase en su viaje a Jerusalén para la entrega de la colecta. Recordemos ahora que en el libro de los Hechos de los Apóstoles el retorno de Pablo a Jerusalén, al final de su tercer viaje, está narrado en primera persona (Hech 20,1-21.19).

Por tanto, uno de los que acompañan al Apóstol en este viaje a Jerusalén llevando el dinero de la colecta es el autor del libro de los Hechos. Luego el colaborador de Pablo, cuya obra digna de alabanza es la proclamación del Evangelio por todas las iglesias, porque en todas ellas se utiliza un libro escrito por él, es Lucas, el autor de nuestro tercer evangelio y del libro de los Hechos de los Apóstoles.

Ahora bien, sabemos que Lucas utilizó para la composición de su evangelio fuentes, y parece innegable que eran fuentes griegas. Por el dato que leemos en esta carta de Pablo podemos tener la seguridad de que éstas circulaban en griego ya en la década de los cuarenta. Estas fuentes, según el largo trabajo de los estudiosos durante el último siglo y medio, son tres para el relato a partir del Bautismo de Jesús: una fuente propia, a la que pertenecía toda la materia que hoy

contiene sólo su evangelio, designada por los estudiosos con la letra L; un documento que contenía exclusivamente enseñanzas de Jesús y que fue utilizado también por Mateo, designado por los estudiosos mediante la letra Q; y la materia que tiene paralelo en los otros dos sinópticos, designada mediante la sigla Mc, porque parece innegable que la redacción griega más antigua de la materia que se suele llamar tradición triple fue la que leemos en Marcos. Finalmente, la mayoría de los autores atribuye los dos capítulos de la infancia de Jesús a una fuente distinta, que el evangelista en su redacción final, -hacia los años 50-53, no lo olvidemos- añadió al comienzo.

Es común entre los estudiosos suponer que antes de la redacción de nuestros evangelios la tradición sobre Jesús se transmitió por predicación oral, junto a la que ciertos autores al menos suponen la existencia de fuentes parciales escritas. Ordinariamente se supone que la etapa de transmisión oral duró desde el año 30, en que muere y resucita Jesús, hasta el año 70 o sus cercanías inmediatamente anteriores (postura defendida por exegetas católicos). Marcos para unos se compuso después del año 70; y Mateo y Lucas, después del 80; y Juan, en los 90. Pues bien, si los originales de estos evangelios (Marcos y Juan) o de sus fuentes (Mateo y Lucas) se escribieron en arameo, como lo demuestra el análisis y el estudio minucioso de las estridencias de diverso tipo que aparecen en el griego que nos ha llegado, quiere decir que todos estos escritos arameos, o al menos gran parte de ellos, fueron compuestos en Palestina, para lectores y oyentes palestinenses, dentro de los diez primeros años después de la muerte de Jesús; y muy probablemente dentro de los cinco primeros.

Al menos por lo que se refiere al evangelio de Marcos y al documento de enseñanzas de Jesús llamado la fuente Q, hay muy fuerte probabilidad de que circularan ya escritos en arameo dentro de los cinco primeros años de esta década.

Y la razón de ello es muy simple, a saber: por el modo de expresarse Pablo hablando de lectura y veneración (Corintios 3), estos escritos con hechos y enseñanzas de Jesús no se compusieron sólo para ayudar a los predicadores del Evangelio en su predicación oral, sino también, y con la misma necesidad, para que las comunidades de creyentes en Cristo Jesús, que en Palestina surgieron a muy poca distancia de la resurrección, contasen con una lectura sagrada que alimentase y sostuviera su fe cuando cada domingo celebraban la Cena del Señor. Así estas comunidades, aunque sin predicadores profesionales, podían fácilmente contar con lectores que, debidamente preparados, hiciesen una continua proclamación del Evangelio a los fieles.

Repetimos: dada la fecha tempranísima en que existieron en Palestina comunidades de creyentes en Jesús, es natural que para ellas se escribieran en arameo libros que contuvieran el relato de los hechos y dichos de Jesús, su pasión, muerte y resurrección. Estos escritos son los que después se llamaron evangelios, como instrumentos al servicio de la predicación constante del Evangelio. Y sin tardar muchos años, dada la existencia de una comunidad de habla griega en Jerusalén (Hech 6,1) y la pronta misión de la Iglesia fuera de las fronteras de Palestina, fue necesario traducir estos textos al griego. Baste recordar que Pablo marcha a Damasco el año 35 para perseguir a los judíos que habían creído en Jesucristo; y por el libro de los Hechos de los Apóstoles sabemos que por las mismas fechas existían creyentes en Jesús en Antioquia y en la costa sirofenicia.